

gallanes y más aún, cuando laboró —aquello que para su tiempo fue enorme—. “El Compendio de Historia de América”. Comenzó a publicarlo hacia 1864. Eran momentos de escasas fuentes y de reducidos logro de contemporáneos. Sin tal ayuda, recorrió con ímprobo esfuerzo a todo lo visible, bien así lo detalla Mellafe. Rastrea las sendas que fue recorriendo el maestro, desde Humboldt —quien hizo la primera revisión crítica, ciertamente discordante con la historiografía ilustrada del siglo XVIII— hasta Prescott, pasando por los de habla inglesa. Robertson, Ticknor, Buckle, Helps, Irving, y los franceses: Gervinus y Lallemant. No dejó historia escrita que no revisare y cuantas colecciones documentales estaban a la mano hacia 1860. No olvidó a sus colegas de América del Sur, tanto al peruano-español, Sebastián Lorente, como a Restrepo de Colombia y al mejicano Lucas Alamán. Son tantísimas las referencias, que es imposible puntualizarlas. Más, ellas evidencian el erudito esfuerzo que se ha desplegado en esta monografía, que no desdeña contorno, naturalmente inside en el cuerpo propio del “Compendio” lo examina en las cuatro partes en que lo dividió Barros Arana y, culminando este afán de escudriñamiento, nos habla de su éxito entre sus contemporáneos. Señala la voz jubilosa que le llegó del literato argentino, José María Gutiérrez.

Precediendo a los capítulos básicos, nos rememora el viaje decisivo a España en 1859. En ese recorrido, el eminente chileno, conoció a Pascual de Gayangos y muchos eruditos e historiadores extranjeros, los argentinos Manuel Ricardo Trelles, Bartolomé Mitre, el uruguayo Fernando Lamas; en París, gozó de largas veladas con Claudio Gay y en Lima, alcanzó nada menos que al anciano General Miller, también tuvo diversos contactos con personalidades relevantes: Francisco Bilbao, el Mariscal Santa Cruz, Domingo Faustino Sarmiento y Vivente Fidel López. pero, de los nombrados, con quien mantuvo durante su vida fraterna amistad fue con Bartolomé Mitre.

La monografía de suyo, no es biográfica, pero, roza bastante con este género, al lado de lo específico histórico, apuntan informaciones aledañas a su múltiple acción, la docente, sus incursiones intelectuales en la crítica bibliográfica y hasta el dolido recuerdo de sus amigos muertos. Escribió no pocas necrologías en “La Revista Chilena” allí figuran la de dos peruanos ilustres: Francisco de Paula Gonzales Vigil y la de mi bisabuelo, José Gregorio Paz-Soldán.

Bien se advierte, que es significativa la erudición histórica del autor de este trabajo. La patentiza en el rastreo y cotejo de las fuentes que utilizó Diego Barros Arana al redacar el: “Compendio de Historia de América”. Pero, va mucho más allá de ese examen, lo vé en muchos otros contornos. La inquietud o curiosidad del célebre historiador chileno, hizo que abordara campos varios del horizonte intelectual. Mellafe, persigue sin desmayo la profusión de rutas que emprendiera. De ahí, la riqueza de

este pequeño libro, si corto en páginas extenso en contenido; elude, prescinde de divagaciones adjetivas, va —como el popular dicho expresa— siempre al grano, a lo medular del tema. Por las calidades que señalo, ciertamente hace honor a la colección que tuvo el acierto de incluirlo.

Lima diciembre de 1965.

*Manuel Moreyra Paz-Soldán*

**Carlos Camprubi Alcazar.** — *El Banco de la Emancipación.* Talleres Gráficos P.L. Villanueva. Lima, 1960 (120 pgs.)

La dirección principal del Académico, Carlos Camprubí Alcázar, es la historia económica y financiera del Perú, en su etapa republicana y de manera preferente, desde el ángulo bancario. Un nuevo trabajo en tal sentido, es el que lleva por título "El Banco de la Emancipación". Se circunscribe a un corto pero agitado momento de la gesta emancipadora, años 1821-1823. Su finalidad, es informar sobre la primera institución crediticia que se plasma en el Perú como medio de consolidar su libertad política. Cifándose a depurada eurística, trabaja con fuentes manuscritas y los impresos de la época, con lo cual, lo que se entrega es serio y exacto.

La institución que simbólicamente ha bautizado como "Banco de la Emancipación", en realidad se denominó "Banco Auxiliar de Papel Moneda". Se funda en Lima en febrero de 1822. Persiguió en el fondo, financiar los fuertes gastos que demandaba la guerra separatista y la naciente administración pública. El país, no sólo se hallaba privado de los recursos naturales suficientes, sino en difícil proceso gestador y, con el pesado lastre de los factores negativos genuinos de toda turbulencia revolucionaria.

En apretado comentario que antecede a su obra, se nos dá idea precisa y a la vez general, de la significación del Banco y de su difícil trayectoria, que culmina con su clausura por las mismas causas que le dieron origen: angustia económica y lucha política. Al respecto dice: "Absorbió poco de lo bueno y mucho de lo malo de una época agitada y singular de la historia nacional, es decir el patriotismo, la desorientación, el temor y la desconfianza y cierta dosis de desdén por la transformación política y social; fue la primera entidad financiera peruana que se creara con afán libertario; movilizó en su proceso de fundación a quienes encarnaban entonces el movimiento emancipador; contó con la adhesión de los mismos sectores a los cuales se consultara la independencia política del Perú; hubo en su nacimiento mucho de manifestación democrática; simbolizó la fuerza económica de los ejércitos en lucha y de la nueva administración pública; opacó en ese corto período a viejas y poderosas instituciones co-